

3^o

EL BABÁ

IRYNA ATAMANENKO

2º BACHILLERATO

IES MEDITERRÁNEO

El Babá

ROCKYHODA

En una casa árbol, vivía un lémur. No una casita lóbrega, sucia, con olor a calcetines antiguos y escarabajos en las paredes, ni tampoco una casa extravagante que arruinaba la vista del paisaje: era una casita-lémur y eso significaba un nido de cobijo acogedor y discreto.

La entrada estaba encima de las últimas ramas de un baobab. Unas escaleras largas y firmes de madera conducían hasta la puerta. La puerta tenía una forma irregular como un diente incisivo, pintada de violeta, con una manecilla de madera. Al girar la manecilla entrabas a la sala común, las paredes y suelos de madera acogían una estancia próspera de comodidad y silencio protector. El espacio ocupaba una única habitación de cinco paredes perfectamente alineadas en un pentágono exacto. Enfrente de la puerta, la casa acababa en punta; a la derecha, la cama con un colchón suave como una nube, seguida de una gran cocina y un pequeño baño. En la última pared, la que cierra la punta del pentágono, se extendía un solo armario con puertas correderas que contenía todos los trastos que uno se podía imaginar, desde ropa y calzoncillos hasta palos de golf y cables milenarios de una pantalla. Las ventanas habían sido construidas por los mejores albañiles e ingenieros del "Baobab Engine", la escuela más prestigiosa de ingeniería universal. Eran modernas, se abrían con un mando a distancia en las cinco paredes, lo que llenaba la casa de una luz brillante y duradera que daba vida a cualquier espíritu. Las vistas desvelaban insuperables baobabs que comenzaron a poblar aquella tierra de historia y fauna hace más de veinticuatro millones de años. El paisaje vestía un infinito manto verde de flora seca, reflectante a cada rayo solar del amanecer.

El lemur se llamaba Babakotia Radofilián, Babá para los amigos. Los Radofilián eran una familia misteriosa, nada parecida a otros lémures. Los miembros permanecían distantes ante ojos públicos. Entre los animales, eran los más respetados por su labor protectora del río Mangoro. Eran los guardianes de Madagascar. Nadie conocía el verdadero número de aquella familia, pero se decía que hace muchos años, el primer Radofilián llamado Bund, nació de la mismísima Madre Tierra. Separó una parte del continente africano con sus propias manos, para proteger al reino animal de los Homo. Así, nació Madagascar junto con su protector Bund Radofilián, el lémur más valiente de todos los tiempos.

Babá pertenecía al linaje sagrado de la Madre Tierra y, como cualquier otro protector, poseía un nombre de fama: Fantasma del Bosque.

Sus cualidades innatas y su estructura corporal lo convertían en una sombra observadora. Era de tamaño mediano, su pelaje marrón contrastaba con la mancha roja en la frente, los ojos brillantes permitían una visión nocturna y las largas patas poseían los dedos más fuertes de la isla. Enfrentarse a él era impensable. Un

animal rápido, sigiloso y muy inteligente, capaz de tumbar un baobab de un solo golpe.

En un amanecer otoñal, con la luz de los primeros rayos, Babá despertó de un mal sueño. Había soñado que un Homo invadía la isla para construir máquinas espeluznantes que explotaban profundas tierras y mataban todo ser viviente a su paso. Un desastre natural que ni él, ni toda la familia Radofilián podían detener. Frotó sus ojos y abrió la ventana para respirar. El dulce aroma de tierra mojada y el sonido de los animales corriendo río abajo recordaron la placentera paz reinante en aquellas tierras de nadie.

Con un enérgico salto desde la cama encendió los altavoces del techo. Enchufó el móvil para dejar paso al famoso Queen con su grandioso "We Will Rock You". Tres tostadas con miel y semillas frutales lo esperaban en la cocina cuando, de pronto, la puerta tembló. La casa era firme, no tenía ni una sola grieta. Otro temblor más fuerte. Esta vez, la puerta no soportó el estrepitoso ruido y salió disparada hacia las profundidades del árbol, como el primer diente caído de un bebé. Babá recordó el mal sueño. No podía ser, no era real. Las ventanas explotaron y el lémur salió corriendo por las escarpadas escaleras de salida. El ruido era cada vez más fuerte, pero no había ninguna máquina a la vista. Babá bajó hasta tocar el suelo firme, levantó la cabeza buscando aquellas asesinas máquinas metálicas que había soñado minutos atrás. Nada, no veía nada. Hasta que, por fin, de entre los lejanos baobabs, salió un ligero helicóptero, tan inocente como un caracol entre sus hojas. Los lémures tienen una cualidad infalible a cualquier otro sentido: el oído. Esto les ayudaba a prevenir desgracias y salvar vidas a tiempo. O en el caso de Babá, protegerse de ilusiones soñadas.

A medida que se acercaba, Babá reconoció las siglas del MSS: "Madagascar Secret Spie". Era su madre, la directora general de seguridad, una lémur de lo más impetuosa, perspicaz, valiente y querida por sus compañeros. Aterrizó en una pequeña colina cerca de la casa del árbol. Apresurada, bajó del helicóptero, corrió hacia su hijo y lo abrazó. Estaba nerviosa. Babá nunca había visto a su madre en ese estado. Incluso frente a una bandada de águilas carroñeras ella se sentía de lo más tranquila. Esta vez, se traía algo gordo entre patas. Anduvieron en silencio hasta las escaleras del baobab. Antes de subir, Karen, la madre, se aferró a la pata del lémur con un agarre tan fuerte que Babá temía quedarse inmóvil de por vida:

—Lo han hecho. —Respiró profundamente y soltó a su hijo—. ¡Los Homo han puesto en marcha "El Proyecto S"!

Babá miró a su madre desconcertado. El sueño de esta mañana ya no le parecía tan aterrador. Los Homo eran seres diversos e igual que los lémures, se dividían en grupos. Estaban los Homo Bon, buenas personas que velaban por la paz y el amor entre el reino animal y su reino humano, y los Homo Mal, asesinos en serie camuflados entre los Bon. Los Mal seguían la doctrina del perverso Mussat. Mussat era un hombre alto, gordo, con una cabeza más grande de lo normal, su nariz larga y escarpada tapaba la diminuta boca y los finos labios secos desapercibidos por la

intensa mirada de sus ojos, unos ojos negros como la noche, viejos como Matusalén y malvados como el diablo. Vestía un caftán oscuro hecho de piel de tigres blancos, usando exclusivamente rayas negras como muestra de dominio y voracidad innatos. Una larga capa llegaba hasta sus talones, no como la capa de Batman, más bien como la de Kylo Ren. Andaba arrastrando los pies y tambaleando los brazos como espárragos. Sus seguidores eran fanáticos ciegos que ignoraban la realidad. Pretendían establecer un orden jerárquico de poder entre dominantes y dominados. Los primeros debían ser los Homo Mal, supuestamente de raza superior y con capacidades de un liderazgo próspero. Los segundos, los Homo Bon y el reino animal, serían exterminados. Ante el peligro, los Bon y el reino animal establecieron fuertes lazos de resistencia para proteger el mundo.

La doctrina de Mussat se desarrollaba por niveles. Los niveles eran planes progresivos para lograr el objetivo de dominar el mundo. El primer y único nivel revelado hasta entonces era "El Proyecto S". Mussat había construido una gran máquina en una vieja fábrica en Colombo: el Oscuro. Este invento separaba el cuerpo de la cabeza, quitaba los ojos y despegaba la córnea del globo ocular para fabricar los cigarrillos más duraderos del mundo. La especie lémur era su principal objetivo por los ojos reflectantes y la localización en tierras de nadie. Sus córneas hacían posible que el tabaco se quemara con mayor lentitud para alcanzar el mayor placer del consumidor. Si los Mal conseguían su objetivo, la doctrina de Mussat crecería como una pandemia y en pocos años no quedarían animales vivos ni humanos puros.

Karen subió las escaleras del baobab seguida por Babá. En el interior de la casa del árbol despegaron un mapa azul con cotas blancas, representaba el plano de la fábrica. La madre buscó un lápiz entre sus orejas y trazó algunas líneas. Babá comprendió la importancia de aquella misión cuando vio que no había plan de escape. Una misión suicida. La única salida era salvar el mundo.

A día siguiente, el primer avión a Colombo salía a las once de la mañana. El lemur cogió su mochila y subió a lo que sería un viaje de siete horas sobre un mar infinito. Tenían asientos de primera clase y aprovecharon para dormir. Habían pasado casi dos horas cuando Babá despertó agitado con una respiración cansada. Había soñado algo, pero no recordaba el qué. Era algo malvado y estremecedor. Al girar la cabeza, vio que su madre no estaba. Karen había desaparecido. Pegó un brinco y corrió por todas las salas, observó todos los asientos... Nada, ella no estaba ahí. Se esfumó sin más, como una gota de agua que cae al mar. Babá se sintió traicionado y decepcionado: "Su madre, la famosa Karen Radofilián, huyó de una misión por cobarde" pensó. El destino de la humanidad quedaba en patas de Babá, también conocido como Fantasma del Bosque.

Nada más pisar la tierra, buscó una cabina telefónica para llamar a su madre. Nadie contestaba. En definitiva, se aseguró que estaba solo en esto y cogió un taxi hasta llegar al piso franco. La central MSS ordenó su instalación en un edificio abandonado frente a la fábrica. Desde ahí tenía una visión completa del supuesto

Oscuro: la máquina del fin del mundo. Instaló el rifle y esperó. Sabía lo que debía hacer, solo quedaba esperar a que Mussat saliera a la superficie para volarle la cabeza. Tras cinco horas y media vio un alma viva aparecer en su radio de visión. Era Karen. ¿Qué hacía su madre ahí? ¿Por qué había desaparecido en el avión? Babá miró fijamente por la mira telescópica. La lemur entró de forma natural en la fábrica, como si ya lo hubiera hecho antes. Abrazó a un hombre alto, el Fantasma del Bosque no consiguió ver su cara, pero enseguida identificó la larga e inconfundible capa negra. Era Mussat. ¡Su madre trabajaba para el criminal más buscado por la MSS! Parecía que su pesadilla no acabaría nunca. El plan trazado era una trampa y una distracción. Debía actuar por su cuenta para destruir el Oscuro. Recordó que había traído suficiente munición para hacer explotar aquel edificio. Pero eso era lo que quería su madre, así que debía evitarlo. Si Karen deseaba la destrucción de aquella fábrica, significaba que el verdadero "fin del mundo", el Oscuro, se encontraba escondido en un lugar protegido. Para llegar hasta él debía observarlos.

El Fantasma del Bosque cogió su mochila, bajó del piso franco y se acercó a la fábrica. A una distancia segura, vio el lóbrego ambiente del interior, con antiguas instalaciones automovilísticas de los años veinte y un cartel descolorido por la luz solar que ponía "Ford Installation". Su madre salió por una ventana trasera mientras Mussat acababa de recoger unos planos. En un atardecer culminante de colores tan cálidos como el té más dulce de India, ambos idilios se dirigieron siete calles más abajo. Anduvieron a un ritmo lento para la extraviada lemur y agotador para el gordo Mussat. Babá, sigiloso como una nube, les siguió rodeado de las últimas sombras del día.

Llegaron a un hotel rural muy acogedor, naciente de entre los árboles de un patio exquisitamente cuidado. Por fuera, una estructura de piedra blanca y áspera elevaba tres pisos simétricos a la entrada principal. Dos grandes puertas de roble macizo daban la bienvenida a los visitantes. El interior acogía un aire hipnótico gracias a la luz cálida de la chimenea central y amplias ventanas hospitalarias con la flamante noche. A la derecha del fuego, los sofás y mesas de madera se disponían a servir a cualquier invitado deseoso por leer los polvorientos libros de la abandonada biblioteca. A la izquierda de la chimenea se encontraba la recepcionista: una humana femenina, joven, con un cuerpecito menudo que sostenía un larguísimo cabello negro que le llegaba hasta el piriforme. La muchacha saludó tranquilamente a Mussat abriendo una pequeña puerta camuflada tras una enorme maceta rectangular de cerámica blanca con espesos petros a su espalda. La lemur y su compañero entraron dentro con el ansia desbordada por dar comienzo a sus sueños.

El Fantasma del Bosque no podía entrar por la puerta principal, pensó en los conductos de ventilación, pero recordó que no tenía los planos y no sabía a dónde conducían. Entonces, observó una ventana en el segundo piso que daba a un pasillo del hotel. Trepó por la abrupta pared con gran facilidad. Rompió la ventana

con su puño y antes de que nadie se acercara a ver quién había provocado ese ruidoso desastre, corrió escaleras abajo hasta las grandes macetas del hall. Fue un gran maestro entre las sombras, capaz de pasar delante sin ser visto, como un camaleón en la oscuridad. Escondido entre las ramas, vio cómo Mussat entornaba la puerta. En el interior, una feroz máquina engullía a un bebé lémur. Impactado por la terrible imagen, abrió la puerta de una patada y sin apenas forcejear, estranguló a Mussat con su larga cola. Entretanto, unos ojos convertidos en papilla eran enlatados por Karen. Ella estaba tranquila, como siempre, hablando con Babá de espaldas:

—Bienvenido a casa —dijo con voz triunfante.

El Fantasma del Bosque recordó su misión e intentó apagar la máquina mientras su madre continuaba:

—Estás perdiendo el tiempo —colocó la lata en su escritorio—, esta criatura está muerta —se giró y miró el cadáver del pequeño lemur—, pero este monstruo —señaló al Oscuro—, se ha convertido en parte de nuestra familia.

El Fantasma del Bosque no entendía por qué su madre había escogido el mal camino. Desde cuándo llevaba trabajando para Mussat, falseando documentos desde la MSS, repartiendo operaciones de distracción y engañando a todo linaje sagrado de protectores. El destino consciente de Karen sería la muerte. A pesar de eso, seguía apoyando su propio suicidio y el de su reino para tapar la inseguridad y el fraude inmersos en su interior.

A los seis años, la madre de Karen la abandonó dejando una nota de suicidio. Años después, el caso fue investigado por la vulnerable lémur, quien se topó con Mussat. Este hombre le dio un hogar y un lavado cerebral rentable, prometiendo que la muerte es la salvación por excelencia.

Babá vio la demencia que padecía aquella ingenua criatura. La miró a los ojos, esos ojos cálidos que años atrás repartían alegría y paz, ahora expresaban temor y abandono:

—Te quiero —dijo Babá, sacó la Beretta y disparó en la frente de Karen.

Un disparo sordo, conciso, seco y consolador puso fin a la agonía. Miró a su alrededor, la máquina seguía produciendo un ruido feroz, desapercibido hasta entonces por la euforia de la situación. Desenchufó el ordenador, el Oscuro dejó de latir, igual que su madre.

Pegó un salto estampando su frente contra el techo del avión. Era un sueño. Habían llegado a Colombo. Karen estaba a su lado, dormida e inocente. Aterrizaron perfectamente y Babá respiró profundamente, sentía un gran alivio. Nada había sido real, su madre seguía siendo la maravillosa general de la MSS y la querida lémur salvadora del reino animal. La misión continuaba y el peligro aumentaba. ¡Era hora de ponerse patas a la obra y salvar el mundo!